Violencia escolar en Chile: las denuncias aumentan, pero el problema va más allá de las salas de clases

- *El académico Eder Pinto advierte que el fenómeno refleja tensiones de una sociedad cada vez más fragmentada y plantea que enfrentar la violencia exige pasar de las sanciones a una educación centrada en el diálogo, la prevención y el respeto.*

El crecimiento de los reportes por maltrato entre estudiantes y los problemas de convivencia educativa vuelven a poner en evidencia una crisis que interpela a todo el sistema escolar. Para Eder Pinto, director de la Escuela de Educación de la Universidad de O’Higgins (UOH) y académico de la misma casa de estudios, la violencia no puede entenderse como un fenómeno aislado, ya que refleja una sociedad cada vez más fragmentada y colegios que necesitan mejores condiciones para enseñar a convivir.

La violencia escolar no comienza ni termina en el patio de una escuela. Sus raíces también están en la manera en que nos relacionamos como sociedad, en la pérdida de espacios de diálogo y en las dificultades que enfrentan niños, niñas y jóvenes para resolver sus diferencias. Esa es una de las claves para comprender el escenario que atraviesan hoy las comunidades educativas chilenas.

Las cifras entregan una señal de alerta. Durante 2025, la Superintendencia de Educación recibió más de 22 mil denuncias ciudadanas, casi un 20% más que el año anterior. De ellas, sobre 17 mil correspondieron a materias de convivencia educativa, cerca del 80% del total.

Y la tendencia se mantiene para este año. Entre enero y septiembre se registraron 14.058 denuncias, de las cuales 11.142 estuvieron relacionadas con convivencia educativa. Más aún, los reportes específicos por maltrato entre estudiantes aumentaron un 9% en comparación con igual período de 2025.

¿Significa que los colegios son hoy más violentos que antes? Para el académico y docente Eder Pinto la respuesta requiere una mirada más amplia. Si bien reconoce la gravedad del fenómeno, advierte que también existe una mayor conciencia y disposición a denunciar situaciones que durante años pudieron permanecer invisibilizadas o ser consideradas normales. “Debemos ser cuidadosos al afirmar que estamos frente a un aumento generalizado de la violencia, porque también existe una mayor conciencia y disposición a denunciar situaciones que antes podían normalizarse”, explica.

El académico identifica tres elementos que permiten entender el escenario. El primero es una sociedad donde las tensiones y la fragmentación parecen reducir los espacios de encuentro y diálogo. El segundo tiene relación con las exigencias que enfrenta el sistema escolar, que muchas veces dejan poco margen para atender las necesidades de los estudiantes más allá de los resultados académicos. A ello se suma una brecha entre las orientaciones de las políticas educativas y las posibilidades reales de llevarlas a la práctica. Aunque Chile cuenta con una Política Nacional de Convivencia Educativa que promueve el bienestar, la participación y el diálogo, Pinto advierte que todavía falta traducir esos principios en apoyos concretos para los establecimientos.

“Me preocupa que, en la práctica, la convivencia termine abordándose principalmente desde las exigencias normativas y los procedimientos administrativos, sin que necesariamente existan las condiciones y los recursos suficientes para acompañar a las comunidades educativas”, sostiene.

Violencia que refleja cambios

El problema tampoco puede explicarse exclusivamente desde lo que ocurre dentro de los establecimientos. La salud mental, las dinámicas familiares y las redes sociales forman parte de un escenario más complejo, donde niños y jóvenes construyen sus relaciones y aprenden o no a enfrentar sus diferencias.

Para el investigador, responsabilizar únicamente a las familias o a los estudiantes sería una lectura equivocada. El desafío está en preguntarse qué oportunidades estamos generando como sociedad para aprender a relacionarnos con quienes piensan, sienten o actúan de manera distinta. “Hoy observamos una sociedad donde el diálogo parece perder espacio frente a la confrontación y las escuelas no son ajenas a esa realidad”, plantea.

En ese contexto, el académico pone el acento en una dimensión que considera fundamental, ya que asegura que la convivencia también debe ser enseñada. No basta con esperar que los estudiantes desarrollen espontáneamente habilidades para relacionarse, resolver desacuerdos o reconocer al otro. Esas capacidades requieren aprendizaje, acompañamiento y experiencias cotidianas dentro de las comunidades educativas. “Uno de los desafíos más importantes es reconocer que la convivencia también se aprende y, por tanto, debe enseñarse intencionadamente, del mismo modo que enseñamos matemáticas, lenguaje o ciencias”, enfatiza.

De la sanción a la prevención

Si las cifras muestran la magnitud del problema, ¿cómo enfrentarlo? Para el especialista, las sanciones y los protocolos cumplen una función indispensable, particularmente para proteger a las víctimas y establecer procedimientos claros frente a situaciones de violencia. Sin embargo, advierte que reaccionar cuando el conflicto ya ocurrió no es suficiente.

La respuesta -sostiene- debe avanzar hacia una estrategia

preventiva y formativa, que incorpore la convivencia como parte central del proceso educativo y no como una tarea secundaria que se activa cuando aparecen problemas.

Esto supone generar espacios efectivos de participación estudiantil, fortalecer la colaboración entre docentes y familias, y desarrollar experiencias donde el diálogo, la empatía y la resolución pacífica de conflictos estén presentes en la vida cotidiana de los establecimientos.

También requiere mejores condiciones de trabajo y herramientas para los equipos docentes, que deben enfrentar estas situaciones sin que necesariamente cuenten con los recursos y apoyos suficientes. “No podemos seguir sumando responsabilidades sin ofrecer los apoyos necesarios”, advierte Pinto.

Su reflexión apunta a un cambio que va más allá de actualizar reglamentos o endurecer medidas disciplinarias. Se trata de revisar qué tipo de relaciones se construyen dentro de las escuelas y cuánto espacio existe realmente para escuchar, participar y reconocer las diferencias. “Una escuela no construye convivencia solamente porque establece normas de buen trato, sino porque el respeto, la participación y el reconocimiento del otro se experimentan diariamente en sus aulas”, concluye.